

DAGLI ORTI / ART ARCHIVE

LA MEJOR INFANTERÍA GRIEGA GUERREROS DE ESPARTA

La formación de combate más temible del mundo antiguo estaba compuesta por guerreros con armamento pesado: los hoplitas. Ellos cimentaron el poderío de la belicosa Esparta

POR ANTONIO PENADÉS

NOVELISTA HISTÓRICO

PATRONO DEL INSTITUTO VALENCIANO DE ESTUDIOS CLÁSICOS Y ORIENTALES

Cuenta Heródoto una anécdota que refleja algunas de las peculiaridades del ejército espartano. Cuando, en verano de 480 a.C., el rey persa Jerjes invadía Grecia para convertirla en una más de sus satrapías, envió a un jinete en misión de espionaje porque le habían informado que un ejército griego estaba esperándole en el desfiladero de las Termópilas. Lo que el espía se encontró al alcanzar el angosto paso fue un reducido grupo de espartanos que, ajenos a toda preocupación, habían dejado sus armas por el suelo y se dedicaban a realizar ejercicios atléticos, untarse el cuerpo con aceite y peinar distraídamente sus largas cabelleras.

Pues bien, ante tales noticias, Jerjes se rió divertido y preguntó a Demarato, un antiguo rey espartano exiliado, sobre tan curiosa actitud. Éste contestó: «majestad, esos individuos están ahí para enfrentarse a nosotros por el control del



CASCO hoplítico del tipo llamado corintio (arriba), fechado en torno al año 500 a.C.

EL VASO CHIGI (izquierda) contiene la primera representación conocida de hoplitas. Museo de Villa Giulia, Roma.



UN HOPLITA
REPRESENTADO
EN EL INTERIOR DE
LA COPA DE SIANA.
SIGLO VI A.C.

LAS GUERRAS DE ESPARTA

730-660 a.C.

Guerras de Mesenia. Esparta sojuzga a los mesenios y los convierte en hilotas.

480 a.C.

En el desfiladero de las Termópilas, 300 hoplitas espartanos, ayudados de un contingente tespio y tebano, causan más de 20.000 bajas en el ejército persa.

479 a.C.

El ejército espartano contribuye decisivamente a la derrota final persa en Platea.

405 a.C.

Los espartanos infligen a Atenas una derrota decisiva en Egospótamos.

371 a.C.

Tebas derrota a Esparta en Leuctra y le arrebató la hegemonía sobre Grecia.

GUERRERO DE
ESPARTA ENVUELTO
EN SU CAPA PÚRPURA.

paso y se están preparando con ese propósito; pues, entre ellos, rige la siguiente norma: siempre que van a arriesgar la vida se arreglan la cabeza. Y entérate bien: si consigues someter a aquellos y a los que se han quedado en Esparta, no habrá en todo el mundo ningún otro pueblo que se atreva a ofrecerte resistencia. En estos instantes vas a luchar contra el reino más glorioso y contra los más valerosos guerreros de Grecia».

Jerjes no le dio mayor importancia y continuó su marcha hacia el sur. Días después comenzó en las Termópilas una de las más grandiosas batallas de la historia de la humanidad. Tras varias jornadas de intensa lucha, los persas consiguieron dar muerte a los trescientos hoplitas espartanos que habían defendido el desfiladero con su rey Leónidas al frente. Jerjes obtuvo la victoria gracias a que un traidor le mostró un camino que conducía a la retaguardia griega y, aun así, las pérdidas en el ejército persa fueron más de 20.000, muchos de ellos tropas de élite. Terminada la batalla, el gran rey mostró a Demarato su estupefacción por el arrojo de aquellos griegos, y éste le aseguró que en Esparta había 8.000 hombres que poseían el mismo valor que los trescientos héroes de Leónidas, y que, además, esperaban su ocasión de luchar contra él.

ESPARTA: LEYENDA Y REALIDAD

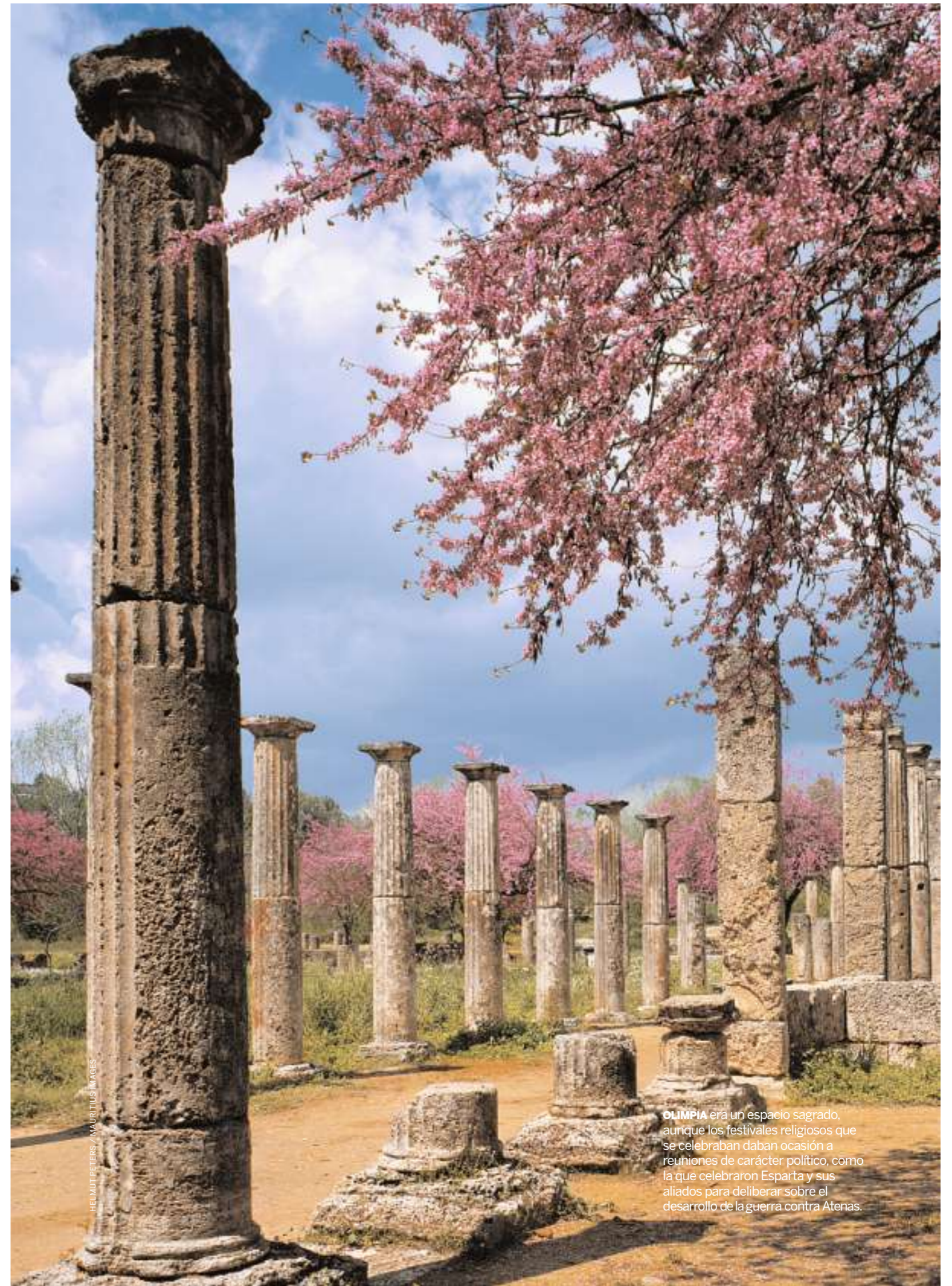
¿Qué hay de cierto en la imagen que nos ha llegado acerca del ejército espartano? ¿Inspiraba tanto temor para que Esparta se permitiera el lujo de no estar defendida por murallas? ¿Fue realmente un ejército tan singular? La respuesta es sí, al menos en época clásica.

Como siempre que hablamos de la antigua Esparta, debemos superar el escollo de la falta de fuentes: existen escasísimas inscripciones y ningún documento político o judicial de origen espartano y de época clásica, de modo que casi todo lo que conocemos acerca de su sociedad procede de testimonios escritos por griegos de otras regiones. La información que disponemos acerca del ejército se encuentra en cinco magníficas obras de autores foráneos: la *Historia* del griego de Caria Heródoto, la del ateniense Tucídides, la *República de los lacedemonios* del ateniense y filoespartano Jenofonte, la *Política* del estagirita Aristóteles y las *Vidas paralelas* del beocio Plutarco dedicadas al legislador Licurgo y al rey Agesilao.

A través de estos textos sabemos que, en época clásica, Lacedemonia estaba totalmente dominada por los espartiatas, clase social descendiente de los inmigrantes dorios llegados del norte durante el siglo XII a.C., y que la sociedad se dividía en tres grupos principales: *homoioi*, *periecos* e *hilotas*. Los *homoioi* («iguales») eran hijos de espartiatas mayores de treinta años que gozaban de plenos derechos políticos y civiles. Los *periecos* («habitantes de la periferia»), distribuidos en pequeñas ciudades y aldeas de Laconia, tenían derechos civiles pero no políticos. Los *hilotas*, por su parte, eran esclavos comunitarios que habitaban la subyugada región de Mesenia. En los *hilotas* encontramos la clave de la extrema especialización de los guerreros espartanos, pues desde que Esparta invadió la vecina Mesenia —a finales del siglo VIII a.C.—, sus ciudadanos dispusieron de una abundante mano de obra que les permitió dedicarse en exclusiva a los menesteres militares.

Para llegar a ser un *homoioi* se debía superar un duro y largo período de adiestramiento (*agoge*), proceso que comenzaba a los siete años de edad y cuya pretensión era inculcar en los jóvenes una extremada disciplina, obediencia y combatividad. Terminado este período de aprendizaje, los nuevos *homoioi* se integraban en el ejército y accedían a un lote de tierra (*kléros*) que cultivarían sus *hilotas*. Posteriormente, se casarían con una mujer de su misma condición social para procrear el máximo número de hijos posible, siempre que fueran sanos. Cuando nacía un varón, el padre lo presentaba a los ancianos de la tribu para que procedieran a su examen. Si el bebé era enclenque o deforme era arrojado por una sima de la cercana sierra del Taigeto. Esta era una de las leyes del semi-mítico Licurgo para conseguir que todos los ciudadanos espartanos se convirtieran en perfectos guerreros, como consecuencia de las guerras mesenias.

En realidad, deberíamos referirnos al ejército lacedemonio y no al ejército espartano, ya que éste estaba formado no sólo por espartiatas, sino también por *periecos*. Desde la guerra del Peloponeso, los espartiatas recurrieron también a *hilotas* liberados (conocidos como *neodamodes*, «nuevo pueblo»), que fueron integrados en el ejército pero no adquirieron la ciudadanía, convirtiéndose en una nueva clase social con un estatuto cercano al de los



OLIMPIA era un espacio sagrado, aunque los festivales religiosos que se celebraban daban ocasión a reuniones de carácter político, como la que celebraron Esparta y sus aliados para deliberar sobre el desarrollo de la guerra contra Atenas.

LAS GUERRAS DE ESPARTA

ESPARTA ESTUVO EN GUERRA prácticamente durante toda su historia, siendo un Estado que concebía la actividad militar como el centro de la vida ciudadana. El ejército espartano obtuvo notables éxitos militares, como el

triunfo sobre los persas en Platea o la victoria definitiva sobre su eterna rival, Atenas, en la guerra del Peloponeso. También hubo heroicas derrotas, como la del paso de las Termópilas. Otras batallas, en cambio, significaron el final

del poderío militar espartano. Éstos cayeron derrotados por los tebanos en Leuctra y más tarde por los macedonios. La falange hoplítica había llegado a su fin. Era el turno de los ejércitos de Filipo II y su hijo, Alejandro Magno.



CARTOGRAFÍA: EDGIS

1 GUERRAS DE MESENA

Entre los siglos VIII y VII a.C. los espartanos derrotan a los habitantes de Mesenia, sojuzgándolos.

2 PLATEA

En 479 a.C. el rey espartano Pausanias derrota brillantemente a un ejército persa dirigido por Mardonio.

3 EGOSPÓTAMOS

Esta victoria naval espartana del año 405 a.C. pone término a la agotadora guerra del Peloponeso.

4 LEUCTRA

En 371 a.C. el general tebano Epaminondas logra una resonante victoria sobre las tropas espartanas.

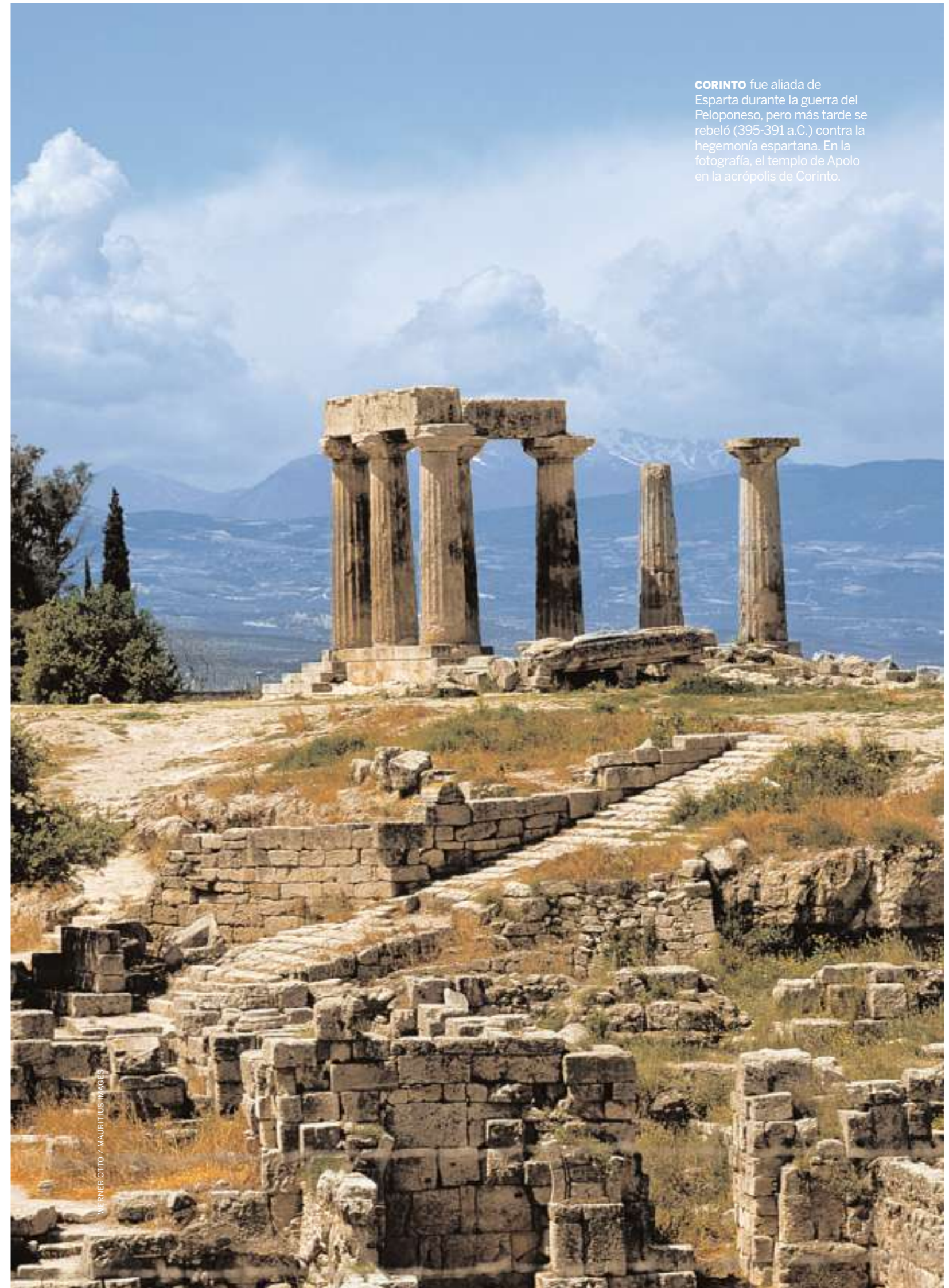
Si un hoplita resultaba herido en combate, el de detrás debía pasar por encima de su cuerpo y ocupar su lugar lo más rápidamente posible

esclavos liberos. Por ello, el símbolo que exhibían estos guerreros en sus escudos no era la letra sigma de Esparta, sino la lambda de Lacedemonia. Eso sí, la unidad fundamental del ejército lacedemonio era la formación compacta de combate denominada falange, integrada por hoplitas (equipados con armamento pesado) mayoritariamente espartiatas.

A diferencia de las batallas narradas por Homero, en las de época clásica no eran importantes los combates individuales. Para el hoplita no resultaba esencial la habilidad en el manejo de armas cortas, sino la coordinación en maniobras tácticas de la falange tales como marchar en columna y desplegarse en líneas para repeler una ofensiva, extender un ala para alcanzar un flanco del enemigo, duplicar la profundidad de las filas que sufrieran un ataque más intenso o girar noventa grados al unísono para proteger el ala derecha de la formación —normalmente, más expuesta a las agresiones—. Estos movimientos debían realizarse con gran precisión y coordinación, pues de lo contrario la unidad podría perder su cohesión y, con ella, su eficacia. Para ello resultaba esen-

cial la labor de los trompeteros que marchaban detrás de la falange transmitiendo los órdenes por encima del polvo, del griterío y de la confusión. Actuaban también mensajeros y estandartes para conseguir que todas las secciones de la falange supieran siempre cómo actuar. Se trataba, en definitiva, de mantener hasta el final la disciplina colectiva. Si un hoplita era alcanzado durante el combate, el de detrás debía pasar por encima de su cuerpo y ocupar su lugar lo más rápidamente posible, y si un oficial o incluso el rey resultaba muerto en la batalla —uno de los dos reyes de Esparta solía comandar las expediciones—, todo seguía igual, e incluso esta circunstancia servía para encorajinar a sus subordinados.

En las batallas hoplíticas, la dinámica era mucho más parecida a una *mêlée* que a la de los caóticos enfrentamientos a los que nos tiene acostumbrados el cine histórico. Se trataba, en muchos casos, de realizar una demostración de empuje entre ambos bandos, y en el momento en que una de las falanges provocara en la otra suficientes bajas y se mostrara capaz de romper su formación, la batalla se daba por



CORINTO fue aliada de Esparta durante la guerra del Peloponeso, pero más tarde se rebeló (395-391 a.C.) contra la hegemonía espartana. En la fotografía, el templo de Apolo en la acrópolis de Corinto.

VERNER ÖTTÖ / MAURITIUS IMAGES



ESPARTA fue destruida por los visigodos en el siglo IV d.C., y son escasos los restos que se conservan, como los del teatro (en la imagen).

El hoplita que huía en un combate era tachado de cobarde para siempre y se le cosían parches de colores sobre su capa púrpura

finalizada. Se recogía a los muertos y heridos y, si esta era la causa del enfrentamiento, se establecía una nueva delimitación entre las ciudades contendientes. Eso sí, en las batallas en que Esparta se enfrentó a los persas, o cuando de lo que se trataba era de fijar su hegemonía sobre las demás ciudades griegas, los resultados fueron bastante más cruentos.

EL TERROR DE GRECIA

Esparta, como en tantas otras materias, presentaba multitud de peculiaridades que convirtieron a su falange en la más temida de la Hélade. Resultaba esencial el hecho de que todo espartiatas que hubiera superado la *agoge* era, por definición, un hoplita. La *panoplia*, su magnífico armamento, lo procuraba el Estado a los ciudadanos, a diferencia del resto de las ciudades griegas de la época, donde sólo la conseguían aquellos que la podían costear. Pero, sobre todo, los hoplitas espartanos destacaban por su magnífica preparación física y mental. Dado que el trabajo de los hilotas les mantenía, los espartiatas se dedicaban a tiempo completo a realizar ejercicios gimnásticos, practicar el manejo de las armas, ensayar los movimientos de las falanges y a preparar las estrategias bélicas.

Con la *agoge* se conseguía una total identificación entre los objetivos de la ciudad y los del hoplita. Su vida estaba entregada al servicio a la comunidad, y sus intereses persona-

les eran desechados si chocaban con los del colectivo. El código de honor inculcado consideraba lo más vergonzoso ser señalado como un cobarde, algo que sucedía, por ejemplo, cuando un hoplita regresaba con vida tras una batalla perdida. De ahí proviene la expresión de las mujeres espartanas, bastante más libres y enérgicas que las del resto de la Hélade, cuando ordenaban a sus hijos regresar de la batalla «con su escudo o sobre él».

El hoplita que huía en un combate era tachado de cobarde para siempre y, por tanto, se le cosían parches de colores sobre su capa púrpura, se le rechazaba en los banquetes comunitarios (*sysitia*), se le retiraban sus derechos cívicos y perdía toda esperanza de casarse con la hija de un *homoios*. De hecho, cuando llegaba a Esparta la noticia de una derrota militar, los familiares de los hoplitas deseaban fervientemente que su hijo o su esposo no volviera con vida y que su honor, por tanto, quedara salvaguardado. Ante este panorama, el miedo a la muerte de los guerreros espartanos era ínfimo y, por tanto, su fiereza en combate resultaba arrolladora.

Los hoplitas espartanos solían llevar consigo algunos de sus hilotas durante las campañas militares para que ayudaran a los animales de carga en el transporte de su pesada *panoplia* y del avituallamiento. De paso, esta medida servía para mantener vigilados a los hilotas más conflictivos y evitar insurreccio-

EL EQUIPO MILITAR DE UN HOPLITA

EL HOPLITA, término que procede de *ta hoplay* significa «hombre armado», se integraba en la falange y se protegía con el *hoplon*, un escudo de unos 90 cm de diámetro con el que cubría la parte izquierda de su cuerpo y la derecha del compañero de al lado. La falange, la formación hoplítica, estaba formada por columnas compactas de hoplitas, que debían ser tan numerosas como para dotar a la unidad de la anchura y la profundidad necesaria; en todo caso, contaban con ocho filas de fondo.



ESCUDO. Representación votiva de un escudo hoplítico. Museo Oliveriano, Pesaro.

COMBATE entre hoplitas. Cerámica fechada en el siglo VI a.C. Museo de Bellas Artes, Lille.



LANZA

Era el arma ofensiva más importante. Hecha de madera, con el pie y la punta de hierro, medía de dos a tres metros.

CORAZA

Los hoplitas espartanos protegían su pecho mediante una coraza confeccionada en cuero o en lino acolchado.

GREBAS

También conocidas como canilleras, estas protecciones para las espinillas se confeccionaban de bronce.

CASCO

Fabricado de bronce, era de tipo corintio y se acoplaba sobre un gorro de fieltro que evitaba el roce del metal.

ESCUDO

El *hoplon* estaba hecho de madera y reforzado con una lámina de bronce y un borde del mismo metal.

ESPADAS

La espada de hierro se usaba en caso de que se quebrara la lanza y el hoplita tuviera que luchar cuerpo a cuerpo.



HOPLITA. BRONCE
PROCEDENTE
DE DODONA. SIGLO
VI A.C. MUSEOS
ESTATALES, BERLÍN.

El problema más grave al que tuvo que enfrentarse Esparta fue el de la falta de hombres, por lo que los espartiatas se fueron extinguiendo poco a poco

nes en Mesenia que aprovecharan la ausencia de los espartiatas. En la batalla, estos hilotas actuaban como tropas con armamento ligero que apoyaban a la falange, servían como aguadores, reponían las lanzas rotas y retiraban a los heridos. Durante la guerra del Peloponeso, los hilotas fueron utilizados como remeros.

El ejército espartano, no obstante, tuvo dos puntos débiles que no supo solventar. En primer lugar, a pesar de ser el mejor en tierra, su flota era más débil que la de sus rivales, principalmente los atenienses. Y, por otra parte, los condicionamientos religiosos de la sociedad lacedemonia mermaron en gran medida la operatividad de sus tropas. Incluso Heródoto, un hombre de profundas convicciones religiosas, se sorprendía por la piedad y los escrúpulos que los espartanos mostraban hacia los dioses. Los dos reyes espartanos, que eran sacerdotes permanentes de Zeus, debían dedicar sacrificios a este dios y a sus hijos Cástor y Pólux antes de emprender una expedición militar. Una vez en campaña, era preciso sacrificar uno o varios animales antes de cualquier ataque, quedando el plan paralizado (aun estando enfrente mismo de la línea enemiga) hasta que el examen de las entrañas resultara favorable.

Otro ejemplo de extrema religiosidad lo encontramos en las fiestas dedicadas a Apolo Carneio, que se celebraban en Esparta cada verano. Dado que se consideraba impío interrumpirlas por cualquier motivo, en agosto de 490 a.C. los hoplitas espartanos atendieron tarde los ruegos de los atenienses y, cuando llegaron a la llanura de Maratón, no pudieron sino felicitar a éstos por su victoria sobre los persas. Por supuesto, muchos pensaron que aquello no fue sino una treta. Diez años más tarde, el rey Leónidas necesitó una dispensa especial que le permitió llevar consigo a las Termópilas tan sólo una escolta de trescientos hoplitas para intentar detener al ejército más numeroso jamás reunido, el del rey persa Jerjes.

Pero, sin duda, el problema más grave al que tuvo que enfrentarse Esparta fue el de la falta de hombres (*oliganthropía*), de causas muy variadas: la situación de guerra casi continuada era una de ellas, pero también el terrible seísmo del año 464 a.C. —es posible que la mitad de los espartiatas murieran en el terremoto—, las prácticas de endogamia y

de eugenesia, los matrimonios tardíos, la extendida homosexualidad tanto en hombres como en mujeres y la ausencia de relaciones heterosexuales hasta el matrimonio. Una vez casados, los esposos mantenían una separación casi permanente de sus mujeres —pasaban más tiempo en campaña o en el campamento que en casa—, y los encuentros entre los cónyuges eran lo más parecido a una serie de violaciones esporádicas. En definitiva, el sistema político y social espartano resultaba incompatible con una reproducción suficiente e impedía la renovación generacional, por lo que los espartiatas se fueron extinguiendo poco a poco.

EL FINAL DE ESPARTA

En el siglo IV a.C., los periecos debían formar codo con codo con los hoplitas para poder completar las filas de las falanges. Pero fue la batalla contra Tebas en Leuctra, en 371 a.C., lo que supuso el golpe definitivo para Esparta. Más de la mitad de los hoplitas lacedemonios que lucharon en la llanura beocia murieron a manos de un ejército tebano magistralmente comandado por Epaminondas y dotado de infantería pesada (hoplitas), de una ágil infantería ligera (pelastas) y de un poderoso cuerpo de caballería. La rigidez del sistema de falange espartano no fue capaz de superar los avances tácticos que implantaron sus rivales.

A partir de ese momento, la escasez de hombres en Esparta fue tan acusada que se llegó a otorgar potestad a las mujeres para desempeñar ciertas funciones políticas. Tras la derrota de Leuctra quedaron tan sólo unos mil espartiatas con vida, hombres humillados por la derrota y rechazados por la colectividad. Treinta y tres años después, cuando Lacedemonia ya comenzaba a recuperarse demográficamente, la emergente Macedonia de Filipo II y de su hijo Alejandro terminarían para siempre con la Esparta que todos recordamos. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO

Esparta
C. Fornis. Crítica,
Barcelona, 2002

NOVELA HISTÓRICA

El hombre de Esparta
A. Penadés. Edhasa,
Barcelona, 2005

Puertas de fuego
S. Pressfield.
Editorial Grijalbo,
Barcelona, 1999

INTERNET

www.larevelacion.com
www.artehistoria.com



ATENAS, la gran rival de Esparta en la guerra del Peloponeso, tuvo que ver cómo en el año 404 a.C. los espartanos victoriosos derrujan, al son de las flautas, las murallas que la unían a su puerto, El Pireo. En la imagen, la Acrópolis ateniense.